

El día en que relegaron su nombre al olvido salió muy poca gente a la calle. Tampoco habría salido más aunque no hubiera llovido, porque casi todos optaron por fingir indiferencia, aunque, desde una ventana discreta o desde la cerca de un huerto, siguieron el acto y recordaron la abundancia de lágrimas. El alcalde había decidido celebrar la ceremonia pese a la lluvia; no dijo que el verdadero motivo de semejante arrebato de voluntad política era que había quedado a las dos en Sort con un cliente y que se le hacía la boca agua sólo de pensar en el arroz caldoso que les aguardaba en Casa Rendé. Pero, como buen Bringué, quería dejar constancia ante todo el pueblo, incluidos los de casa Gravat¹, que el acto se llevaría a cabo aunque cayeran chuzos de punta. Así pues, asistieron al cambio el alcalde, los concejales, el secretario y dos voluntariosos turistas extraviados –que, protegidos con sendos impermeables relucientes y aun si saber lo que se cocía allí, no dejaron de fotografiar las singulares costumbres de los habitantes de la alta montaña–, además de Serrallac, por imprescindible, y la Báscones, aunque nadie entendió qué pintaba ella en ese acto, por el amor de Dios. Frenocolopexia. Jaume Serrallac había tallado cuatro magníficas placas de mármol gris claro con letras negras de una elegancia digna de calles más distinguidas, paredes más enteras y un pueblo más terminado. La de «Carrer President Francesc Macià» sustituiría a la de «Calle Generalísimo Franco». La de «Carrer Major» taparía la de «Calle José Antonio», la Plaça Major dejaría de ser la Plaza de España y el Carrer del Mig ocuparía el lugar de la Calle Falangista Fontelles. Puesto que todo estaba preparado, los agujeros, en su sitio, y Serrallac podía hacerlo con los ojos cerrados, porque el negocio estaba activísimo debido a los frecuentes cambios de rotulado tras la muerte de la dictadura, fue todo coser y cantar. Una placa, la del Falangista Fontelles, se resistió a salir de su sitio y tuvo que destrozarla a mazazos en la misma pared. Después, tiró los trocitos de historia triste al contenedor de enfrente de ca de Batalla. Los fragmentos del falangista Fontelles profirieron un grito mudo e impotente, al cual se sumó un gemido casi inaudible que exhaló en el soportal de casa Gravat una silueta rígida e inmóvil, aferrada a la barandilla, y que nadie percibió,

¹ Ca de X, casa X son maneras de referirse a las casas por su nombre histórico. Es una tradición muy viva todavía en el Pallars y, en términos generales pero no exclusivos, «casa» se aplica a las más importantes del pueblo.

excepto los gatos. Desde lo alto de la Rasa, convenientemente abrigadas, siguieron la ceremonia dos mujeres mayores, una de ellas, anciana. Tras asegurarse de que Serrallac había hecho pedazos la antigua placa, bajaron del brazo por el Carrer del Mig, lentamente, mirando las fachadas, las ventanas, las puertas, y haciendo de vez en cuando un comentario breve, íntimo, tal vez para disimular la turbación de saberse observadas desde el interior de las casas por muchos ojos que, con la misma impunidad, habían espiado la ceremonia del cambio de placas de sus respectivas calles. Cuando llegaron al contenedor, se asomaron al interior como si quisieran constatar algo. El grupo de autoridades ya se alejaba por Francesc Macià en dirección a la plaça Major para efectuar el último cambio programado; allí tenía previsto el señor alcalde pronunciar cuatro palabras a propósito del espíritu de reconciliación que animaba la iniciativa de reponer los nombres históricos. A partir de ese momento, restablecido el silencio habitual de ese trecho de calle, ningún habitante de Torena volvió a pensar en Oriol, y todas las casas respiraron de alivio al ver desaparecer por fin uno de los símbolos que más avivaba la discordia. Nadie, menos la sombra que en el soportal de casa Gravat se limpiaba las gafas pensando ya veréis vosotros quién ríe el último, nadie volvió a acordarse de Oriol Fontelles, hasta que, al cabo de veinticuatro años, para adecentar un poco más el pueblo con vistas al siglo veintiuno, se empezó a hablar del derribo del edificio solitario e inútil de la escuela antigua.

Como era de esperar, la directora de la escuela de Sort encargó a Tina Bros que se desplazara a Torena a meter oficialmente la nariz en las pertenencias del edificio de la escuela antigua, porque estaban pensando en una exposición sobre la evolución del material escolar y seguro que en el pequeño edificio encontraba algún hallazgo. Material escolar carca y cosas por el estilo. Puesto que, por otra parte, estaba preparando el libro, la nombraron investigadora oficial de la escuela. Es decir, aunque Tina tenía otros asuntos en mente, muy a su pesar y por segunda vez en tres días tuvo que volver a Torena en su insólito doscaballos rojo. No podía saber que aparcaba al pie de la placa que veinticuatro años antes había restituido el nombre original al Carrer del Mig, pidió las llaves de la escuela en el Ayuntamiento, le dijeron que no las tenían porque los obreros ya estaban trabajando allí y, cuando llegó al edificio, el último del pueblo por el camino de la collada del Triador, vio que habían empezado a desmontar el empizarrado retirando las lajas de una en una. Sin pensarlo dos veces, cogió la máquina pequeña, la del carrito sensible, y, aprovechando la claridad vacilante del crepúsculo, sacó tres instantáneas del edificio. En ninguna encuadró a los obreros,

encaramados en la techumbre. A lo mejor un par de ellas servían para el libro. A lo mejor. Afortunadamente, habían iniciado el derribo por la parte de los lavabos. Le dio tiempo a registrar los dos armarios del aula, a pringarse las manos de polvo añejo, negro y roñoso; sentenció papelotes caducos, indultó una docena de libros fundamentados en pedagogía prehistórica, aunque, para la exposición, no dejaban de tener su encanto, y oyó retumbar la maza de los obreros, la que condenaría el edificio a la nada. Todo el material rescatado cupo holgadamente en la caja de cartón que, a tal efecto, había traído de Sort. Se quedó un largo rato con los ojos muy abiertos, mirando a lo lejos por la ventana, pensando si lo que se proponía hacer cuando terminara en la escuela no sería atentar contra su propia dignidad. Seguramente sí; pero Jordi no le había dejado otra salida. Dos minutos más con la boca abierta; ninguna otra salida. Por qué sería Jordi así; por qué sería Arnau así, dios. Por qué nunca se hablaba de nada en casa, por qué eran tan obstinados, por qué se alejaba Arnau cada vez más, hasta el extremo de ausentarse de casa varios días, y sólo dejaba caer vaguedades sobre con quién andaba. Estuvo un buen rato dando vueltas a esos pensamientos amargos y después suspiró, bajó la vista y aterrizó de nuevo en la escuela vacía de Torena. Hizo un esfuerzo por dejar de pensar en ellos unos momentos, sobre todo en Jordi. Entonces se le ocurrió abrir los cajones de la mesa de la maestra. En el primero, aparte de un torrente de recuerdos invisibles que huyeron al abrirlo, todavía quedaban unas virutas de un lapicero al que algún día alguien sacó punta. En los otros dos no quedaba nada, ni recuerdos siquiera. Al otro lado de los sucios cristales, el día declinaba perezosamente y de repente se dio cuenta de que hacía mucho rato que no se oían mazazos.

En la pizarra del aula había una tiza gastada. La cogió y no pudo resistirse al impulso de probarla; con buena letra de maestra escribió la fecha: dimecres, 13 de desembre de 2001. Y se volvió como si hubiera niños sentados en los pupitres carcomidos y fuera a anunciarles el programa del día. Pero se quedó con la boca abierta, porque enfrente, sujetando la puerta del aula, un obrero mal afeitado, con un cigarrillo en la boca, una caja de puros en una mano y una lámpara de camping gas en la otra, también se había quedado con la boca abierta. Fue el primero en reaccionar:

–Señorita... Nosotros nos largamos, que ya no se ve. ¿La llave la devuelve usted?

Lámpara en mano, se acercó con la luz y un manojo de llaves colgado de los vaqueros, blancos de polvo; Tina tuvo la sensación de que era un niño que iba a

Jaume Cabré

entregarle el cuaderno, y ella, la maestra de esa escuela de toda la vida. El obrero dejó la caja de puros encima de la mesa.

–Esto estaba detrás de la pizarra.

–¿De esta pizarra?

El obrero se acercó a la pizarra y, aunque parecía estar empotrada en la pared, la corrió lateralmente; con un gemido de dolor, el artilugio se desplazó un par de palmos hacia un lado y quedó al descubierto un pequeño nicho oscuro. El hombre acercó la lámpara.

–Ahí dentro.

–Como el tesoro de un pirata.

El obrero corrió de nuevo la pizarra y la dejó en su sitio.

–Son cuadernos de chiquillos –dijo. Y dio dos golpecitos a la caja. Era una caja de puros bien conservada, atada con un cordón de color negro.

–¿Puedo llevármela?

–Iba a tirarla.

–¿Me presta el camping gas?

–Como se quede aquí, se va a congelar de frío –le advirtió el hombre mientras le daba la lámpara.

–Me he abrigado bien. –Por la lámpara–: Gracias.

–Cuando salga, cierre con llave y deje la bombona a la puerta, así la encontraremos mañana.

–¿Cuánto van a tardar en derribar esto?

–Mañana mismo lo rematamos todo. Hoy no hemos hecho más que prepararlo. Es un derribo muy fácil.

Y se despidió al estilo de los marines, llevándose desganadamente un dedo a la sien. Cerró de golpe y la charla de la cuadrilla se fue desvaneciendo por la ventana sucia, hasta que el silencio se hizo tan grande que poco faltó para que se oyera toser a Elvira Lluís, una niña que se sentaba en la primera fila y que había sucumbido a la tisis hacía cincuenta y seis años. Tina miró alrededor. La lámpara regalaba sombras nuevas, desconocidas. Es un derribo muy fácil, pensó. ¿Cuántas generaciones de niños habrán aprendido a leer y escribir aquí?, pensó. Y todo será derruido en un día, suspiró.

Volvió a la mesa y comprobó que el obrero tenía más razón que un santo: el aula era un congelador. Y la luz del día, dimitiendo a toda prisa. Dejó la lámpara

encima de la mesa del maestro y pensó en el tesoro del pirata. Imagínate que hubieran derribado la escuela con los diamantes dentro, pensó... Desató el cordón negro y levantó la tapa: los diamantes eran cuadernos de color azul claro o verde claro, no se distinguía bien, con la palabra «Cuaderno» escrita en diagonal, en bastadilla negra de imprenta. Cuadernos de niños. Dos, tres, cuatro en total. Qué lástima que no sean diamantes, suspiró. Otra vez el pinchacito, puntual, como de costumbre.

Abrió uno: inmediatamente le llamó la atención la letra ordenada, armoniosa, de lectura fácil, que llenaba todas las páginas de arriba abajo. Y de vez en cuando, una ilustración. Lo mismo en los tres cuadernos restantes. En el primero, un rostro. Ella no lo sabía, pero era un autorretrato que se había hecho Oriol en el espejo del lavabo de los niños. Un hombre de mirada triste. En el segundo, una casa con un letrero debajo: «Casa Gravat». En el tercero, a ver..., una iglesia. La iglesia de San Pere de Torena. Y un perro que parecía un springer spaniel con la mirada más melancólica que Tina había visto en su vida, y que probablemente se llamaba Aquil·les. Y en el último cuaderno, un esbozo de una mujer mil veces modificado y corregido, sin terminar: faltaban los labios y tenía los ojos vacíos, como las estatuas mortuorias de mármol que vendía Serrallac en su taller. Se sentó y se dio cuenta de que el aliento se condensaba en el aire, como una nube, como si quisiera ocultar el descubrimiento de los cuatro cuadernos. ¿Dónde había oído ese nombre? Hacía muy poco, sí. Como si acabaran de decirle algo de esa persona.

Tina Bros se puso a leer con curiosidad, sin darse cuenta, sin sospechar lo que se le venía encima. Empezó en la primera página del primer cuaderno, a partir del encabezamiento, que decía querida hija mía, no sé cómo te llamas pero sé que existes porque he visto una manita tuya, pequeña y tierna. Me gustaría que cuando fueras mayor alguien te entregara estas líneas, porque quiero que las leas... Me asusta lo que puedan contarte de mí, sobre todo tu madre.